

Estupidez: ¿instinto o cultura?

Giancarlo Livraghi – noviembre 2010

(*post scriptum* añadido en julio 2011)

Traducción castellana de Pedro Fernández-Llebrez del Rey

Esta es una cuestión suscitada a veces en mis conversaciones con los lectores – y, también, con otras personas interesadas en el tema. En parte está tratada “indirectamente” en mi libro *El poder de la estupidez*. Pero creo que merece una discusión específica, aunque no sea sencillo. Bien podría dar lugar a suficiente material como para llenar otro libro – pero no es esto lo que estoy planeando. Espero que estas pocas páginas sean suficientes para dejar sentadas las bases del tema.

Algunas sugerencias, me dicen los lectores, provienen de varias fuentes. Tales como una definición de estupidez de James Welles – y mis comentarios (gandalf.it/estupidez/definic.pdf). Observaciones sobre “el origen de la estupidez” de Max Horkheimer y Theodor Adorno, resumidas en la parte 4 de este trabajo y mas ampliamente citadas en el capítulo 30 de *El Poder de la Estupidez*. Una reseña del profesor de Fisiología Pedro Fernández-Llebrez (gandalf.it/estupidez/llebrez.htm). Y los capítulos 2, 13, 14, 26, 28 de mi libro.

Realmente se trata de una combinación de seis preguntas, a saber:

1. ¿Es la estupidez una enfermedad o una condición básica de la humanidad?
2. ¿Es solamente humana o también la comparten todos los seres vivos?
3. ¿Se origina por un instinto genético o es un subproducto de la cultura?
4. Si la evolución favorece al “mejor adaptado” ¿por qué no disminuyen los niveles de estupidez?
5. ¿Cuál es la conducta “mejor adaptada” en la evolución humana?
6. ¿Qué nos espera?

Básicamente , las respuestas a estas preguntas se pueden resumir en unas pocas palabras.

- (1) Es parte de la naturaleza humana – todos nosotros somos, en alguna medida, estúpidos.
- (2) No es específica de la humanidad, hay estupidez en todos los tipos de especies.
- (3) Ni es totalmente genética ni es solo un producto de la cultura, es ambos, una combinación.
- (4) La respuesta no es sencilla – pero de cualquier manera, es un hecho.
- (5) Desde luego el egoísmo miope no es lo mas correcto.
- (6) No podemos permitirnos el lujo de seguir siendo tan estúpidos como lo somos en la actualidad.

Las respuestas demasiado sencillas al final resultan simplistas. Así que de todas formas no son suficientes. Merece la pena echar una ojeada un poco más profunda al asunto. Empecemos con la elección de la palabra.

De vez en cuando surge la pregunta: ¿porqué llamarlo “estupidez”? Lo hacen prácticamente todos los autores que merecen ser leídos (y muchos de los que no lo merecen tanto). Pero no se trata de seguir su ejemplo.

Hay un montón de otras palabras relacionadas con la estupidez con diferentes matices en cuanto a su significado. Asno, tontorrón, borrico, tonto, idiota, imbécil, bobo, obtuso, torpón... etcétera.

A veces “estúpido” puede ser una manera divertida y amistosa de decirle a alguien “no seas tonto” sin mayor importancia o ánimo peyorativo – sin embargo, básicamente, la estupidez es un serio problema.

En resumidas cuentas, he considerado diversas alternativas para llegar a la conclusión de que “estupidez” es el léxico que mejor se ajusta (puede ser mas dificultoso en algunos otros lenguajes, por ejemplo en francés – pero, por lo menos en inglés, español o italiano, indudablemente este es el término).

1

¿Es la estupidez una enfermedad? No. Nunca me he topado con ningún tipo de condición mental identificada médicamente que reciba el nombre de “estupidez”. Además, ciertas personas con serias, e incluso peligrosas, disfunciones mentales pueden ser muy brillantes. Lo mismo que personas, clínicamente sanas, pueden ser estúpidas.

Hace falta extenderse algo más para explicar porqué es equivocado creer que se pueda separar a la gente en dos categorías: los que son estúpidos y los que no lo son. Las razones por las que este peligroso error está tan extendido incluye el hecho de que la gente brillante pueda (como a menudo se hace) ser tildada de estúpida precisamente por aquellos que son demasiado torpes como para entenderles.

La autocrítica es una herramienta básica para la comprensión, el aprendizaje y el progreso. Ningún descubrimiento científico tiene sentido a menos que genere dudas constantes y estimule la búsqueda de nuevas y mejores aproximaciones. Las creencias dogmáticas imposibles de demostración son la mayor fuente de estupidez.

No se trata solamente de un hecho clave para la ciencia y la filosofía. También es así en las cuestiones del día a día. Algunas de las personas más aburridas y peligrosas que conozco son aquellas que, sobreestimando su propia inteligencia, creen que nunca cometen errores y que entienden todos los hechos, opiniones o conceptos.

Es mucho mejor ser un poquito estúpido (y saberlo) que dejarse llevar por una vana presunción de “superioridad” o infalibilidad. Necesitamos entender que todos somos en alguna medida estúpidos. De todas formas, incluso si no lo fuésemos, pronto nos convertiríamos en ello si no practicamos a diario las tres fuentes principales del aprendizaje y la inteligencia, a saber: atención, curiosidad y duda.

Por otra parte, nadie es *completamente* estúpido. Una de las tareas básicas de la sociedad, la educación y de cada uno de nosotros individualmente, es ayudar a las personas “aparentemente estúpidas” a mejorar su atención y habilidad mental – así como estar siempre dispuesto para aprender de cualquier persona, porque siempre habrá alguien que sepa algo mejor que nosotros.

Desafortunadamente, muchos sistemas de poder hacen exactamente lo contrario; porque es mucho más fácil dominar y engañar a la gente si es estúpida o ignorante (o ambas cosas). Y una gran parte de la industria cultural, en parte deliberadamente y en parte por pura estupidez, hace lo mismo. El ataque es tan abrumador que incluso la gente más brillante y mejor preparada culturalmente pueden llegar a confundirse y engañarse a menos que mantengan una sana duda.

No importa lo hábiles que nos creamos, es siempre mejor asumir que podemos ser estúpidos. Y lo mismo para el resto de las personas, incluso los que generalmente se sienten seguros e inteligentes.

2

Vayamos ahora a la segunda cuestión. ¿Es la estupidez una característica exclusivamente humana? Debo empezar admitiendo que no tengo una especial educación en biología, fisiología, genética o etología. He leído bastante sobre estos temas, pero no lo suficiente como para ser competente, en la práctica, en estas disciplinas.

Así que espero que los científicos sepan perdonarme por mis, probablemente, torpes simplificaciones. Sin embargo es un hecho probado y conocido que nuestro ADN es bastante similar al de otras especies – así como muchas pautas de comportamiento.

Podría ser una exageración (aunque no haya pruebas de lo contrario) pensar que ciertas formas de estupidez y de inteligencia estén presentes ya en bacterias o en virus en los remotos comienzos de la evolución bioquímica. Pero hay poca duda de que las especies animales (y las plantas) más complejas se comportan bastante frecuentemente de manera poco eficiente o incluso autodestructiva, algo que puede definirse claramente como estúpidez.

La estupidez en seres suprahumanos es una posibilidad imaginaria pero conceptualmente muy real. Como escribió Friedrich Schiller en *Die Jungfrau von Orleans*, “contra la estupidez los propios dioses luchan en vano”. Desde luego, muchas de las estupideces cometidas por los Dioses del Olimpo (y una variedad de deidades de otras religiones) son antropomórficas, aunque también es bastante razonable (o, al menos, prudente) suponer que las entidades “superiores” no son inmunes a la estupidez.

De cualquier manera, a medida que nos movemos desde el mito a la realidad, la experiencia diaria nos muestra cuán fehacientemente la gente admirada posee su cuota parte de estupidez. Y con las llamadas “celebridades” la cosa aún es peor. Como escribió Albert Einstein en una carta a Heinrich Zangger en 1919: «*Con la fama me voy haciendo cada vez más estúpido, lo que, por otra parte, es un fenómeno bastante frecuente. Hay una enorme desproporción entre lo que uno es realmente y lo que los otros piensan que uno es, o al menos lo que dicen que piensan que uno es*».

Si el mismísimo Einstein admitía que podía ser estúpido ¿por qué nadie tendría que avergonzarse de tener el mismo problema?

Pero volvamos a la biología. Observamos que no solamente los parientes próximos, como primates o cetáceos, sino también otras especies bien diferentes, presentan habilidades para el aprendizaje e inteligencias bastante sobresalientes. Pero considerando los hechos con una mente abierta, no podremos evitar descubrir también la estupidez en sus comportamientos.

Cuando Max Horkheimer y Theodor Adorno quisieron explicar “los orígenes de la estupidez”, deliberadamente eligieron un ejemplo no humano. *«El verdadero símbolo de la inteligencia son los cuernos del caracol con los que es capaz de sentir y oler su camino. El cuerno se retrae instantáneamente ante un obstáculo, buscando asilo en la concha protectora y haciéndose, una vez más, uno con todo el cuerpo del animal. Solamente vuelve a emerger tentativamente para hacer ver su independencia. Si el peligro aún está presente, desaparece una vez más, permaneciendo así más tiempo antes de intentarlo de nuevo. Los sentidos del caracol dependen de sus músculos, y los músculos se debilitan cada vez más con cada intento. Las lesiones físicas dañan el cuerpo y amedrentan la mente».*

Lo que les lleva a una definición bastante intrigante. *“La estupidez es una cicatriz. Puede provenir de una o de muchas actividades – físicas o mentales – o de todas ellas. Cada estupidez parcial supone un punto donde el juego de los músculos retractores se frustró en lugar de reforzarse. En presencia del obstáculo se pone en funcionamiento la inútil repetición de tentativas desorganizadas”.*

La cobardía, escondiéndose o huyendo del peligro, puede ayudar a sobrevivir – y por tanto ser una estrategia evolutiva “de éxito” para los caracoles, las personas o muchas otras especies. Puesto que la cobardía mental (temor al conocimiento) está estrechamente relacionada con su equivalente físico, ello podría contribuir a explicar el motivo por el que la estupidez sobrevive y prospera a lo largo de la evolución.

Horkheimer y Adorno extendieron el ejemplo del “caracol” a la humanidad. Y desde luego no hay razones como para que no se pueda hacer a la inversa. De todas formas, sería muy interesante estudiar la estupidez en otras especies, menos influenciadas que los humanos por el miedo y la vergüenza propia.

¿Quiere ello decir que podríamos llegar a identificar un gen de la estupidez? No creo, porque en la estupidez se dan una combinación de diferentes actitudes y comportamientos. Y manipular genes relacionados con la mente (o el cerebro) puede ser muy peligroso y dar lugar a consecuencias inesperadas y potencialmente dañinas. Es mucho más efectivo abordar este problema por el lado cultural-educativo. (Siempre que se haga en un ambiente abierto y libre).

Soy consciente de que – en ausencia de tal exploración científica – es un postulado excesivamente generalizado y no suficientemente demostrado. Pero tiene sentido creer que la estupidez sea “inherente a la vida”. Esta es una razón más por la que deberíamos hacer todo lo posible por entender cómo funciona y cómo prevenir o reducir sus efectos.

3

Hay un asunto que me viene a la mente en este momento (y que es una pregunta recurrente de algunos lectores) ¿Es la estupidez un “instinto” impreso en nuestros genes – o por el contrario, es algo que se produce en un ambiente cultural?

La creencia general es que los genes no pueden modificarse por la experiencia o la cultura. Aunque técnicamente parece ser así, no es tan simple. En especies como la nuestra, los individuos necesitan sobrevivir y crecer durante años antes de reproducirse. También necesitan tener cualidades que sean atractivas para el otro sexo – y organizarse de manera que sus hijos puedan ser cuidados.

“La selección natural”, a lo largo del tiempo, ha favorecido aquellos factores genéticos que se ajustan mejor a los caracteres y las conductas predominantes. Los hábitos y las actitudes sociales y mentales, “buenas”, “malas” o como deban considerarse, son ciertamente “heredados” en nuestros genes – y por tanto podrían ser definidos como “instintivos”. Sin embargo existe también una influencia muy fuerte de la cultura. Los seres humanos recién nacidos están muy pobremente equipados para sobrevivir por sí mismos. Necesitan una gran cantidad de aprendizaje antes de que sean realmente “humanos”. De manera que el ambiente cultural, la educación y la implicación social son tan importantes como la herencia genética – si no más.

Pongamos uno de los muchos posibles ejemplos. Asumamos que una mujer está “genéticamente orientada” para ser independiente, brillante y asertiva para buscar conocimientos y conseguir resultados. En algunas culturas se la animará, admirará, se considerará atractiva, tendrá buenas oportunidades de éxito, mezclará sus genes con hombres inteligentes y ello influirá en la educación de sus hijos. Una campeona de la evolución.

En otras sociedades, una mujer con las mismas características genéticas, a menos que sea solícitamente obediente, será una triste perdedora. Marginada, relegada o incluso aislada – si no presa, esclavizada o asesinada.

Si tiene la suerte suficiente de escapar, llegará a algún lugar donde sea mejor aceptada y de este modo podrá contribuir al “acervo genético” del lugar elegido. Mientras tanto las “genéticamente sumisas” (si es que realmente existe este tipo de personas) permanecerán en el entorno donde estaban y producirán más del mismo tipo reforzando una cultura decadente y represora.

¿Quiere ello decir que en los lugares donde ha existido algún tipo de represión durante mucho tiempo no existe esperanza de mejoría? Realmente no. Hay genes “que no se expresan”, potencial escondido, incluso en los individuos mas humildes, que pueden florecer de muchas formas cuando se ofrece la oportunidad. No importa lo extendida y alimentada que esté la estupidez, no existe ni el tiempo ni el lugar en que sea invencible.

¿Son los genios “mutantes” de éxito? Quizás, a veces. Pero más frecuentemente son el resultado de un ambiente que favorece su talento (incluso, algunas veces, por oposición – en una cultura libre y abierta de mente el desacuerdo puede ser un estímulo más que un obstáculo).

4

Todas estas observaciones nos llevan a intentar contestar la cuarta, y mas difícil, de las preguntas. En una especie que se basa mucho más en sus recursos mentales que en cualquier otro tipo de fuerza ¿porqué entonces los humanos siendo cada vez más altos, corriendo más rápido y viviendo mas tiempo continúan siendo tan estúpidos como siempre?

¡Ojalá pudiera algún científico, biólogo, genético, fisiólogo, antropólogo o psicólogo ser capaz alguna vez de darme una respuesta clara! El hecho es que, hasta el día de hoy, no ha habido ninguno. El estudio de la estupidez es una disciplina desesperadamente subdesarrollada (y sonrojante).

Desde un punto de vista genético, podrían existir ventajas reales en elementos de la “estupidez” tales como la falta de ajuste al ambiente. Los comportamientos que no sirven, o que obstaculizan el progreso, en determinadas circunstancias, pueden convertirse en los mas efectivos cuando se producen situaciones diferentes o se hace frente a los cambios. Por tanto, podría ser una ventaja evolutiva disponer de una adecuado número de personas que no se ajusten al marco establecido (lo que no implica carecer de inteligencia – tales caracteres a menudo son demasiado brillantes para ser conformistas). Algunos de los hallazgos mas interesantes hubieran sido imposibles sin el concurso de los “francotiradores” (mentes librepensadoras).

También podría tratarse de la combinación de dos hechos. Uno de ellos explicado en el caracol de Horkheimer-Adorno. La inteligencia es miedosa, el conocimiento perturbador. Los “osados” lo intentarán de nuevo y, a pesar de su miedo, correrán riesgos. Huir del confortable prejuicio, de la vulgar cobardía, del acogedor mutismo significa aventurarse en el peligro de ser herido (y de convertirse en impopular en un ambiente de habitual estrechez mental). Y cada vez es peor con el impresionante desarrollo de nuevos descubrimientos.

Como dijo John Updike. *“La astronomía es lo que tenemos hoy en lugar de la teología. Los terrores son menores, pero las comodidades son nulas”.*

Estamos en medio de una coexistencia difícil entre dos principios contrapuestos. Uno es aprovechar la oportunidad de saber mas, de expandir nuestros horizontes. Otro es buscar refugio en los confortables brazos de la ignorancia y la estupidez.

Pero hay otro problema adicional. Al poder siempre le ha gustado mantener súbditos estúpidos. Hoy día la “gente corriente” tiene unas oportunidades inmejorables de estar bien informados , si lo buscan con el suficiente ahínco. Pero el poder tiene una enorme y cada vez mayor, habilidad para controlar, centralizar, manipular y confundir mediante una enorme cantidad de sucia y traicionera masa de mal llamada “información” que nos incordia permanentemente en cualquier dirección.

Es difícil saber cuál de las dos fuerzas opuestas prevalece. Si tenemos más curiosidad y coraje mental, el balance podría gradualmente inclinarse hacia el lado de la inteligencia. En cambio, si la desinformación, el cotilleo, la superficialidad y el sinsentido toman el relevo, podríamos ahogarnos en la estupidez.

Si nos fijamos en el grueso de lo que hay en los ambientes de comunicación, hay razones poderosas como para pensar que esto está yendo de mal en peor. Pero tampoco ha sido nunca significativamente mejor (considerando el hecho de que durante milenios la humanidad ha sido eminentemente analfabeta – y sin posibilidad de acceso a la información mas allá de los límites de su aldea o su vecindario).

Desde luego no hay modo de “medir” esta situación. Pero, de un modo grosero, es razonable asumir que el “tamaño” de la estupidez humana permanece mas o menos constante, con el mismo (gran) porcentaje de población. Y, a menos que algo cambie radicalmente, lo mas probable es que siga así en el futuro próximo.

5

Antes de intentar alcanzar algún tipo de conclusión, necesitamos una lección más sobre lo que podemos aprender de la evolución. Básicamente ¿es la humanidad una especie de molusco en el que cada persona o grupos de personas compiten fieramente unos con otros sin darse cuenta del “bien común” a menos que hayan sido aleccionados por una autoridad “éticamente superior”? No. Esa nunca ha llegado a ser la fuerza evolutiva de nuestra especie – y ahora menos que nunca. La (ahora extinta) triste teoría del “darwinismo social” se basaba en una escasa comprensión de la evolución – y de la naturaleza humana. La genética moderna y los recientes e interesantes hallazgos de la paleoantropología nos muestran una perspectiva diferente (como se explica en gandalf.it/estupidez/evolucion.pdf).

Hay una amplia variedad de especies entre las “completamente sociales” y las “totalmente individuales”. En uno de los extremos hay multitud de ejemplos obvios. Las abejas sociales, las hormigas y las termitas son “absolutamente colectivas”. Una comunidad basada en las hembras

(con machos de vida corta que no hacen mucho más que contribuir a la reproducción sexual una sola vez) es el “individuo”. Lo que importa es la colmena, el hormiguero o la colonia – o cuando se desplazan, el enjambre.

Los insectos individuales carecen de identidad – o cualquier tipo de existencia independiente. Nunca se pueden desplazar a otra comunidad porque serían eliminados o ahuyentados por los que sí “pertenecen” a ella.

Aunque no tan bien definidos, hay también ejemplos en el otro extremo del espectro: el individualismo social. Es el caso de las arañas, los escorpiones o las serpientes. Algunas especies (plantas o animales) son partenogénicas. Otras tienen machos y hembras pero los huevos o las semillas (u otro tipo de pariente) son fertilizados y abandonados en gran número, de manera que alguno de ellos pueda tener la fortuna de escapar de los depredadores y encontrar un lugar para crecer. O, en algunas especies, colocados en ambientes “nutritivos” o relativamente “seguros”, pero abandonados a su propia suerte sin cuidados parentales o sociales, sin protección, guía, formación o asistencia.

¿Dónde estamos los humanos? En algún lugar entre los extremos. Como el resto de los primates, para sobrevivir y desarrollarnos, necesitamos una combinación de individualismo y cooperación social. No solamente familiares (que incluye mucho más que los progenitores – hermanos, hermanas, tíos, tías, abuelos y primos) así como a todas aquellas personas no emparentadas pero necesarias para el bien de la educación y el comportamiento colectivo.

También, y de manera importante, la interdependencia de diferentes roles, con habilidades y oficios más o menos “especializados”. Tales sistemas sociales, no tan primitivos, están ampliamente documentados en los asentamientos humanos de alrededor de cien mil años.

¿Puede existir un asentamiento humano rígidamente homogéneo y estricta y totalmente socializado? Sí, pero solamente a escala limitada, tal y como un monasterio – con propósitos y comportamientos específicos y compartidos. Las personas, de algún modo, al contrario que en el caso de las abejas o las hormigas, mantienen su propia identidad.

A gran escala, y teniendo en cuenta la enorme diversidad de actitudes, los modelos superdisciplinados no funcionan – o si son forzados se convierten en verdaderas pesadillas “orwellianas”.

¿Podemos ser las personas absolutamente individualistas? A veces. Pueden existir anacoretas y Robinsones Crusoes ocasionales. Pero son raras excepciones – y (así como los monjes y las monjas se supone que no tienen descendencia) los misántropos solitarios tienen escasas probabilidades de reproducción.

Ningún extremo asegura el éxito evolutivo de la especie. Lo cierto es que depende de un equilibrio entre libertad individual y conciencia social.

6

Y llegamos así a la pregunta final. ¿Adonde vamos?

El número de personas en el planeta ha crecido, en el último siglo, a una velocidad muy superior a la de cualquier tiempo anterior. En términos estrictamente evolutivos, podría ser considerado un éxito descomunal.

¿Quiere ello decir que somos mas inteligentes que estúpidos, después de todo? Realmente no. El tamaño del problema es lo que ha cambiado drásticamente. Estamos interfiriendo tanto con el ambiente que podríamos estar encarando el juicio final.

Durante milenios la situación fue mucho mas simple. Las comunidades, grandes o pequeñas, pudieron sobrevivir y crecer limitando la solidaridad hacia sus adentros y siendo competitivos o beligerantes con cualquier otro de fuera (aunque los conflictos, a menudo, se evitaban o mitigaban gracias a que la hospitalidad, extendida a los “forasteros”, estaba fuertemente enraizada en las tradiciones culturales).

Si una tribu humana, o incluso toda una nación, se extingue o se reduce drásticamente, ya habrá otra cerca para llenar el hueco – y quedará poca, si es que queda alguna, memoria del cambio. Pero actualmente estamos en un mundo en el que interactuamos unos con otros a una escala “global”.

Antes, si el ambiente se hacía irrespirable, simplemente podíamos irnos a otro sitio. Pero ahora, a menos que seamos capaces de colonizar otros planetas, no vamos a tener sitio donde ir.

Hemos sido bastante buenos, desde los tiempos de las cavernas, desarrollando y manejando comunidades relativamente pequeñas. Y si hubiésemos sido menos descuidados en el aprendizaje y el recuerdo de las lecciones de la historia, lo podríamos haber hecho mucho mejor. Pero no tenemos ni experiencia ni aprendizaje histórico en el manejo de todo el planeta con casi siete mil millones de nosotros junto con una enorme cantidad de otras formas vivientes que no podemos permitirnos el lujo de ignorar.

Aunque algunas de las cosas que aprendimos, pero que se nos olvidan muy frecuentemente, podrían ser muy útiles ahora. Tales como la enseñanza de Sun Tzu en *El Arte de la Guerra*, que desafortunadamente es escasamente entendida y raramente practicada. «*La suprema excelencia no es ganar cien batallas. Derrotar al enemigo sin batallar, esa es la suprema excelencia*».

Es una idea bastante buena y divertida, considerando que somos nuestro propio enemigo.

Necesitaríamos entender que la solidaridad y la conciencia social, de vital importancia en nuestro entorno, se están haciendo incluso mas necesarias a escala mundial. Por el contrario, las culturas predominantes se dirigen ciega y rápidamente justo en la dirección contraria.

El egoísmo y la miope y brutal competencia son las grandes virtudes admiradas y recompensadas con los mayores beneficios. La ética, la solidaridad y el “sentido común” no están de moda, son palabras vacías que se alaban en teoría pero que se olvidan en la práctica.

Esta no es la “supervivencia del mas apto”. Podrá proporcionar avances temporales a las pequeñas oligarquías, miopes y arrogantes, pero para la humanidad como un todo este comportamiento conduce a la autodestrucción.

Nos arriesgamos al destino de los dinosaurios – con una diferencia crucial. Por lo que sabemos, ellos no fueron los causantes de los cambios climáticos que pusieron fin a su era.

Hoy en día la especie humana puede provocar un impacto en el ambiente del planeta mayor que el que hubiera podido causar cualquiera de las otras especies. Si no aprendemos pronto a manejar tal poder, será capaz de producir nuestra propia desaparición.

Al parecer, en este momento de la evolución, no estamos compitiendo con ninguna otra especie capaz de dominar el planeta. Pero disponemos de una cantidad de herramientas capaces de provocar un desastre mayor que las que podemos controlar.

Esta es la razón por la que no podemos permitirnos el lujo de tener grados tan altos de estupidez. Necesitamos enfrentarnos al poder de la estupidez y aprender a reducirlo.

7

Post scriptum – una posible respuesta – Agosto 2011

En los ochos meses desde la publicación de este artículo he estado pensando, leyendo, explorando, buscando e intentando aprender. (También me implique en un “curso de verano” sobre *La Inteligencia y la estupidez en la conducta humana y animal* organizado por la Universidad de Málaga, 18-22 Julio 2011).

Continuaré revisando y reconsiderando ya que no hay fin para el aprendizaje. Pero aquí dejo un resumen de lo que he sido capaz de entender hasta el momento.

No he encontrado una respuesta formal y precisa a la cuestión que encabezaba este artículo. Y estoy empezando a creer que buscarla no solamente es una tarea difícil sino engañosa. Cualquier intento de definir el problema con una fórmula esquemática y automática supondrá un riesgo de perder de vista su básica, necesaria y fértil complejidad.

Parece muy evidente que cuando se tratan temas como éstos hay inevitablemente diferentes perspectivas en una variedad de disciplinas académicas y científicas – y por tanto obvias dificultades para interpretar

las intrincadas relaciones entre instinto y pensamiento, herencia genética y aprendizaje cultural, necesidades individuales y responsabilidades colectivas. Pero la propia naturaleza de estas complejidades puede encaminarnos hacia algunas deducciones prácticas – enfatizando la necesidad de entender, evolucionar y desarrollar los valores culturales.

Podríamos continuar *ad infinitum* (y no sería un desperdicio de tiempo) discutiendo lo que podemos aprender de los nuevos puntos de vista genéticos, los avances recientes en el estudio de la evolución, la historia, la antropología, la psicología, la fisiología – etcétera. Podríamos también preguntarnos si es posible, cuándo y cómo podrían otros descubrimientos ayudarnos a entender la naturaleza humana – y así las causas y los efectos de la estupidez.

El tema es complejo y presenta todo tipo de dificultades y contradicciones. Mientras tanto es necesario que encaremos los problemas mas acuciantes inmediatamente y de manera mas profunda – por tanto es necesario, y se hace urgente entender qué podemos hacer y cómo.

Desde luego no tiene sentido volver al viejo engaño de la supuesta y arrogante “superioridad” de una especie determinada. Aunque de hecho somos diferentes. Ninguna otra especie del planeta ha alcanzado una complejidad cultural y social comparable, una abundancia parecida de aparataje y recursos comunicativos, ni ha tenido nunca tanta influencia en el medio ambiente.

El crecimiento reciente de la población humana, mas rápido que nunca antes, se puede considerar por sí mismo un “éxito” evolutivo. Pero es tan enorme que está afectando al ecosistema entero.

Incluso si el número de personas en el mundo no aumentase, estaríamos encarando, de todas formas, un serio problema: el legítimo e irreprimible deseo de “bienestar” de aquellas partes de la humanidad, todavía dramáticamente grande, que están viviendo en unas lamentables condiciones de “subdesarrollo”. Esta inercia está adquiriendo una potencia tal que está removiendo los frágiles pilares del sistema mundial. No porque no haya suficientes recursos “globales” sino porque están siendo administrados de una forma tan estúpida que impide su justa distribución.

Algunas veces se dice, con razón, que los humanos actuales detentan un poder comparable a el que se le atribuía tradicionalmente a los dioses. Pero la duda fue bien definida hace mas de 100 años, en 1801, por Friedrich Schiller con una observación que ya cité en el punto 2: «*Mit der Dummheit kämpfen Götter selbst vergebens*» (“contra la estupidez los dioses luchan en vano”).

¿Podrían los problemas actuales resolverse “espontáneamente”, sin implicar nuestro pensamiento consciente, por los mecanismos de la evolución biológica? Es decir, ¿por aquellas poderosas fuerzas que Jacques Monod, en 1970, definió claramente como “azar y necesidad”? Por lo que hemos comentado hasta el momento la respuesta mas probable es “no” aunque se trate de una inevitable supersimplificación.

La herramienta mas importante y efectiva, aquí y ahora, es la conciencia cultural que nos conduce a una acción consciente y deliberada.

Algún tipo de evolución “darwiniana” puede haber ayudado, aunque sólo sea en parte, a superar algunas crisis del pasado. Con un coste muy elevado de vidas humanas y terribles sufrimientos, con dolores y eras problemáticas de decadencia – aunque los resultados en términos brutalmente biológicos podrían ser considerados como positivos, considerando que nuestra especie, “a pesar de todo ello” ha sobrevivido hasta ahora y está creciendo. Pero ahora la situación es muy otra.

De todas formas, el estudio de la historia (así como un conocimiento mas profundo de la prehistoria) demuestra “mas allá de toda duda razonable” que una gran parte de la evolución humana y el progreso no puede ser explicado sobre la sola base de la selección genética (a no ser que asumamos que algún dispositivo llamado “meme” está actuando como un gen).

Esto no significa, desde luego, que neguemos o infravaloremos la enorme cantidad de verdad científica demostrable de los sistemas científicos basados en los fundamentales estudios de Charles Darwin. Ni que perdamos interés en la maravillosa historia del origen de la vida en el planeta. Pero necesitamos entender que en la evolución de algunas especies, como la nuestra, la humanidad, los factores culturales son cada vez mas importantes y predominantes. Racional y también emocional, espontáneo u organizado, individual o colectivo, habitual u ocasional – en cualquier caso su naturaleza compleja no puede reducirse solamente a unos patrones genéticos.

Antes de llegar a lo que podría ser una conclusión, me gustaría citar dos párrafos de *Estupidez y biología*, capítulo 2 de *El poder de la estupidez* (gandalf.it/esp/biologia.pdf).

«La destrucción o esterilización de nuestro planeta mediante armas humanas nucleares (o químicas) o por la colisión de algún meteorito errante, será un detalle irrelevante desde una perspectiva cósmica. Y, si sucede antes de que podamos desarrollar viajes espaciales y colonización, la desaparición de nuestra especie (junto con el resto de la biosfera terrestre) no causaría mucho alboroto en nuestra galaxia».

«Pero en el ambiente biológico particular establecido por ciertas especies (como la nuestra) el sistema se basa en la presunción de que el ambiente puede, y debería ser, controlado; y de que cada individuo de nuestra especie (y de otras especies “protegidas” por nosotros) debería ser capaz de vivir por mas tiempo, y mas felizmente, que en un ambiente incontrolado. Para estos menesteres se necesita una raza particular de “inteligencia” organizada. Por tanto, la estupidez, en este estado y tipo de ambiente evolutivo, es extremadamente peligrosa».

Hay muchas y complejas razones por las que es apropiado y eficaz considerar la naturaleza humana (y por tanto la inteligencia y la estupidez) predominantemente desde un punto de vista cultural. Merecería un análisis exhaustivo e interdisciplinar. Pero los hechos clave los podemos resumir en cuatro simples conceptos:

- Para “pertenecer” a la humanidad es insuficiente la herencia genética. Desde la mas tierna infancia (incluso antes del nacimiento) se necesita una enorme cantidad de aprendizaje – y esto es necesariamente un proceso cultural.
- La experiencia previa prueba que es posible y útil (a menudo necesario) influir deliberadamente con enseñanzas y entrenamientos también sobre aquellas conductas que son adquiridas mediante mecanismos fisiológicos y psicológicos “involuntarios” (“instintivos”).
- Puesto que la humanidad desde hace diez mil años (o antes) se ha convertido en “residencial” (aunque no completamente sedentaria) en lugar de adaptarse al ambiente ha ido modificándolo para adaptarlo a sus necesidades y gustos. Este comportamiento se ha acelerado, aumentado y expandido en tiempos recientes y sigue haciéndose mas y mas invasivo.
- Incluso si asumimos que un mecanismo genético oculto podría (aunque no está claro cómo) ayudar a gestionar las nuevas y cambiantes situaciones, tal y como está el asunto actualmente sería demasiado lento. Para notar algún efecto significativo de una “mutación” habría que esperar un gran número de generaciones. Simplemente no tenemos tanto tiempo, si queremos evitar las serie de catástrofes que se avecinan y que podrían llevarnos a la extinción.

Hay un hecho importante de nuestro lado. Como expliqué en el punto 3, los valores y los comportamientos que se necesitan no son ajenos, no están “en conflicto” con la naturaleza humana. No necesitan ser “reforzados” por poderes arrogantes o reglas dogmáticas. Están bien enraizados en nuestro ADN y en nuestra cultura desde el comienzo de nuestra especie. No es una disciplina artificial, es simplemente cuestión de desarrollarlos.

De nuevo, la fuerza mas destructiva es el poder de la estupidez. Ahora y siempre es imposible de eliminar, pero no es invencible. La diferencia, si nos comparamos con el pasado, es que sus efectos se están haciendo mucho mas importantes – y los remedios son cada vez más difíciles.

Se hace cada vez mas urgente aprender como podemos prevenirla, evitarla o corregir las consecuencias de la estupidez humana. Cuanto antes empecemos a pensar con esta perspectiva, mejores oportunidades tendremos de encontrar soluciones.

**el poder
de la estupidez**

estupidez.it